

nes obligándoles así á continuar en Troyes, en donde no hacía más que desprestigiarse comido de su impotencia.

Porque, ¿qué medio tenía para obrar el Gobierno tan pronto se mostró resuelto á la represión? Lo que sucede siempre que se promueve una agitación ficticia. Los que habían alborotado por las calles de París, no eran la nación, sino sus privilegiados; la nación se había mostrado apática, como decía Lafayette; así obligados los privilegiados á la sumisión ó á la rebelión, temieron acudir al último extremo, y este solo momento de perplijidad y de duda, bastó para que el Gobierno no se hiciera fuerte en la opinión, tanto, que el duque de Orleans, que siempre olía bien de que lado se ponía el favor público, se dispuso á auxiliar el Gobierno en su tarea de restablecer la disciplina, y al efecto, como ya hemos dicho que, por ese tiempo el Palais Royal era el centro de las agitaciones, hizo el duque fijar unos bandos, haciendo saber que declaraba suspendidos los privilegios de los habitantes del mismo, amenazando con hacer uso de la fuerza, caso de que se repitieran los grupos en su recinto como acababan de hacerlo. Luégo envió una *Memoria* al rey, encargándole la energía y la sumisión ministerial á su jefe, por todo lo cual, el rey le hizo dar las más expresivas gracias por malo.

Por este tiempo, y según las *Memorias* de Weber, el hermano de leche de María Antonieta ocurrió un hecho cuya responsabilidad hace subir dicho Weber hasta el duque de Orleans. Había aconsejado éste al rey «que no dejase depender el bien de su servicio y la tranquilidad de su Estado; de la movable sucesión de los ministros y de la diversidad de sus caracteres, sino que estableciese en cada departamento un consejo cuya permanencia garantizase la estabilidad de los principios y la continuidad, lo mismo que la unidad de las operaciones. El rey... creó poco después dos consejos para el departamento de la Guerra y el de Marina. ¡Qué horrible fatalidad, que genio del crimen y de maldición vinieron por lo tanto á establecer una división tan desastrosa, allí donde reinaba una tan saludable unión!»

Habíase creado, pues, fácilmente una situación de fuerza lo que rara vez es difícil para un gobierno. Las dificultades vienen cuando se quiere salir de ella. Al arzobispo las dificultades le habían de venir del cáncer que comía al antiguo régimen de la Hacienda quebrada y perdida, y como esto no se le ocultaba á Brienne, y dinero no había por donde procurárselo sin la garantía del Parlamento, el arzobispo estaba obligado á buscar composiciones con el Parlamento, de modo que se veía obligado á contem-

porizar con los mismos elementos que por encima de todo debía someter.

La conciliación fué fácil, fué la obra de un momento, y no pudieron impedirla los amigos de Dupont. El rey renunciaba al impuesto territorial, se restablecían las vigésimas suprimidas ya por un edicto debidamente registrado, y no sólo se suprimían las vigésimas, sino que éstas se prorogaban hasta 1792, es decir, hasta mucho más allá del plazo concedido al crearse. No puede, pues, decirse, que el Parlamento capitulara, pero lo que capituló fué el antiguo régimen. El Parlamento que declaraba que solo los *Estados generales* podían crear impuestos, los creaba ahora, pues si se podía discutir sobre el hecho del restablecimiento de las vigésimas, no cabía distinguir sobre la prorogación de éstos, lo que era evidentemente abusivo é ilegal. Esta conciliación era además fatal para el antiguo régimen porque no se resolvía el conflicto de la Hacienda, conflicto que iba á reaparecer cuando menos se esperase, pues sólo hubieran podido retardarlo grandes reformas que no podían emprender de ninguna manera el antiguo régimen como lo acreditan las lamentaciones de Besenval que se creyó en Turquía el día que se le escatimaron las pensiones de la corte. Pues que, ¿acaso el mal desaparecería con haber hecho el Parlamento y el rey las paces? ¿No habían todos reconocido la insuficiencia de las dos vigésimas para el sostenimiento de las cargas de la Hacienda? ¿Qué sucedería, pues, cuando esta realidad se hiciese incuestionable? ¿No sería este el momento de la bancarrota?

Pongámonos de nuevo en situación. Procuremos sentir los sucesos que narramos, como si fuéramos contemporáneos de ellos, sólo así, es posible ser justo en historia.

Hemos dicho que para nosotros quien había capitulado, era el antiguo régimen. Para los contemporáneos los que capitularon fueron los partidarios de los edictos. Los notables y el Parlamento habían dicho no queremos impuestos nuevos sin *Estados generales*, no hay, pues, tales impuestos. Que las vigésimas se prorogasen un año más, ¿qué importa? las vigésimas no era un impuesto nuevo, era un impuesto conocido. Como se ve en Francia, todo el mundo racionaba como su rey para quien eran cosas distintas «un primer ministro» y «un ministro principal.» Así la vuelta del Parlamento á París, fué ocasión para que los de la anterior algarada festejaran su regreso, quemando en efigie á Calonne después de haberle sometido á un previo juicio de un tribunal improvisado, cuya sentencia se imprimió y

se vendió por las calles de París, diciendo uno de los considerandos de la sentencia, que se le condenaba «por haber hecho perder al rey el amor y la confianza de los pueblos.» Como esto salió bien, porque la orgía callejera acompañada de fuegos artificiales duró tres días, trás de Calonne se hizo escarnio de Breteuil el ministro de las resistencias, que también recorrió en figura de monigote las calles de París, y luégo compareció la duquesa de Polignac víctima del mismo ultraje, y como todo esto se toleraba, trás ellos apareció la misma reina. Paseos terribles que hubieron de recordar un día los que de igual manera vieron recorrer las calles de París, cuerpos reales y no figurados, de barones, princesas y aun la misma reina. Pero en estos días era sólo cosa de broma, broma de los curiales y lacayos de los grandes señores.

La paz con el Parlamento llegó en ocasión oportuna, quien sabe lo que hubiera sucedido si en el período álgido de la lucha, hubiese ocurrido el lamentable fin de la república batava.

Ya hemos dicho como el pueblo holandés obligó á su Sthatouder á tomar parte en la guerra contra Inglaterra, y como el Sthatouder halló medios para inmovilizar sus escuadras. Hecha la paz, Francia sacó de ella ventajas comerciales muy notables por parte de Holanda; é Inglaterra aprovechó la lección que le había dado Holanda á pesar de sus Oranges, de modo, que desde luégo fué objeto de su diplomacia una alianza con Prusia para cambiar en Holanda el régimen político, y hacer más soberana la autoridad de su príncipe. Es decir, que ahora Francia iba á pagar la falta de no haber hecho abolir el Sthathouderato como aconsejaba Mirabeau, y la de no arrojarse de nuevo á la lucha por las siete provincias, contando, como podía contar, con el auxilio de España, para impedir que fuera destruido un Estado cuya alianza tanto interesaba á Francia, pues no sólo era un amigo poderoso contra Inglaterra, sino un puesto avanzado contra Prusia de la que había anunciado Voltaire «su siglo.»

Sucedió, pues, que el pueblo cansado de su Sthatouder y de sus intrigas, se levantó un día airado y suspendió al príncipe de Orange de sus funciones de Capitán general. Guillermo reclamó entonces el auxilio de los prusianos, pues su rey Federico Guillermo era hermano de su esposa, pero la actitud de Francia los contuvo y se buscó un término de conciliación. Pero los sucesos políticos fueron complicándose en Francia, y Prusia é Inglaterra creyeron llegado el momento de realizar sus planes, pero Montmorin y Calonne se concertaron, se reunieron fon-

dos para mandar á la frontera un cuerpo de ejército á las órdenes de Rochambeau ó de Lafayette, y esta resuelta actitud paralizó nuevamente los esfuerzos de los enemigos de los republicanos holandeses. Estos habían querido que fuera Lafayette á ponerse al frente de los holandeses, pero la diplomacia intervino y se alejó al general *americano*, que era antipático hasta lo sumo á todo los reyes de Europa. Los holandeses llevados siempre de la diplomacia, nombraron al fin al ringrave Salm que debía venderles á sus enemigos.

Prusia é Inglaterra aprovecharon para obrar el momento álgido de la lucha del rey con el Parlamento, cuando ya Calonne se había retirado á Inglaterra, y cuando Malesherbes poseído de un terror pánico por las perturbaciones del orden público en Francia, indujo á su rey á abandonar á los holandeses, en vista de las graves consecuencias que podía traer una lucha para sostener la república y los republicanos holandeses. Luís XVI, cedió fácilmente al consejo. La guerra de América le había traído á Lafayette, y á los *americanos*, ¡quién sabe lo que podía venir de la república batava! Así se abandonó á un tan precioso aliado á su suerte, y 24.000 prusianos bajo el mando del que luégo fué el famoso duque de Brunswick, penetraron en Holanda y Amsterdam tuvo que capitular el día 10 de Octubre de 1787, siendo tratado con el mayor rigor. Francia no salvó á la república, pero la monarquía no se salvó del peligro que creyó ver para sí socorriendo á los holandeses. Pues sucedió que los más comprometidos se refugiaron en Francia, y París oyó indignado la relación que le hacían, los que habiendo siempre contado con el apoyo de Francia, se vieron cobardemente abandonados en el momento mismo en que su enemigo común, Inglaterra, se vengaba de la parte que habían tomado en la guerra de América.

Además los patriotas holandeses con sus maldiciones contra el gobierno del rey Luís XVI, mezclaban sus declamaciones en favor de la libertad republicana, y como nada dispone tanto en favor de una idea como la pervención y la desgracia, los parisienses se fueron aficionando á las ideas de sus desgraciados patriotas, víctimas de la ambición y de las debilidades de los reyes de Francia, Inglaterra y Prusia. Así se iba formando la idea republicana en Francia, ¡qué mucho, pues, que al estallar se desencadene contra todos los reyes, si fueron sus obras las que les hicieron abominar de instituciones seculares, que en todas partes no producían más que la miseria y el oprobio del pueblo!



Llegamos ya á últimos de 1787 y es necesario pensar en el presupuesto del año próximo, pues, si hasta aquí se ha ido tirando con los empréstitos y con el procedimiento de trampa adelante, aumentándose naturalmente el déficit, ahora no es posible contar con la continuación de tal estado de cosas, ni aún con la posibilidad de salvar la situación con fuertes economías, como creía Sallier, el tiempo de las serias medidas ha pasado, y ya sólo con reformas trascendentales se podrá llevar adelante la nave del Estado.



ALIGRE

mas, y lo peor es que ahora renace sin un plan de gobierno, pues bueno ó malo, Calonne tenía el suyo y no es posible afrontar una crisis sin una idea. Esta falta de idea y de plan en los primeros tiempos de la revolución, será, como veremos, ocasión de la ruína de sus principales hombres y de sus excesos.

La oposición, la oposición constitucional, entiéndase bien, porque la oposición republicana aún no existe, la oposición de los insurgentes ó americanos no tiene tampoco plan alguno. Lafayette como Mirabeau lo esperan todo de las circunstancias, del exceso del mal, es decir, que todos creen buena mente que de la confusión y del caos ha de salir organizada una nueva sociedad política. Lafayette, le decía á Washington en 9 de Octubre, atiéndase bien la fecha, porque es su carta del tiempo en que el terror estaba representado en todos los semblan-

tes. Aquí lo más curioso es, que según Besenval «el tenor de la situación estaba pintado en todos los semblantes,» de modo que lo que todo el mundo temía y creía inminente, se había ido dejando para fin de año, como si ganando tiempo se hubiese esperado un milagro para sacar á salvo la situación del Tesoro. El milagro no vino y los apuros se hicieron insostenibles. Véase como renace por sí sólo el conflicto, cuya solución se había creído alejar con las reformas pactadas entre el gobierno y el Parlamento acerca de la percepción de las vigési-

mas, y lo peor es que ahora renace sin un plan de gobierno, pues bueno ó malo, Calonne tenía el suyo y no es posible afrontar una crisis sin una idea. Esta falta de idea y de plan en los primeros tiempos de la revolución, será, como veremos, ocasión de la ruína de sus principales hombres y de sus excesos.

La oposición, la oposición constitucional, entiéndase bien, porque la oposición republicana aún no existe, la oposición de los insurgentes ó americanos no tiene tampoco plan alguno. Lafayette como Mirabeau lo esperan todo de las circunstancias, del exceso del mal, es decir, que todos creen buena mente que de la confusión y del caos ha de salir organizada una nueva sociedad política. Lafayette, le decía á Washington en 9 de Octubre, atiéndase bien la fecha, porque es su carta del tiempo en que el terror estaba representado en todos los semblan-

tes.» Lafayette decía á su ilustre amigo: «ya veis que el rey está obligado á retroceder á menudo, sin que sin embargo, la masa del pueblo esté satisfecha. El descontento es tan grande, que la reina no osa ya venir á París por miedo de ser mal recibida. Según lo que hemos visto en estos últimos seis meses, por lo menos, conseguiremos, meter en todas las cabezas la idea de que el rey no tiene derecho á tasar la nación, y que en ese género nada puede estipularse más que por una Asamblea Nacional... El espíritu de oposición y de patriotismo, difundido en la primera clase de la nación, incluso los servidores personales del rey mezclado con el temor de perder sus puestos y sus pensiones; la insolencia burlona del populacho de las ciudades, siempre pronto, es verdad, á dispersarse delante de un desatamiento de guardias, y los descontentos más serios del pueblo rural; todos esos ingredientes

mezclados conjuntamente nos llevarán poco á poco, sin grande convulsión á una representación independiente, y por consiguiente á una disminución de la autoridad real. Esto es sólo cuestión de tiem-

po, y esto marchará tanto más lentamente cuanto más palos echen á las ruedas los intereses de los hombres poderosos.»

Mirabeau que en 26 de Setiembre escribió al



DUQUE DE BRUNSWICK

mayor Mauvillon: «He vuelto á mi casa extenuado y por todo confortativo encuentro todos los horrores del oprobio y de la demencia, conspirando para tragarse á mi país. Una nación que seis meses atrás no estaba ni siquiera enferma, está hoy perdida, envilecida y deshonrada... Es imposible para un hombre que piensa y siente no estar consternado, y no le es permitido á la sabiduría humana saber á

dónde irá esto á parar. Apenas si se ve más remedio que en el exceso del mal...» Mirabeau escribía de nuevo á su amigo el día 4 de Octubre lo siguiente: «Estoy tan disgustado de mi país y de la mayor parte de los hombres que lo habitan, estoy tan espantado por la cosa pública de lo que veo, de lo que entreveo y de lo que preveo, estoy tan convencido de que no hay remedio más que en el exceso